Mark Twain

El robo del elefante blanco y otros cuentos

Selección y traducción
de Borja García Bercero

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la selección y la traducción: Borja García Bercero, 2013
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-7816-0
Depósito legal: M. 24.848-2013
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 El hombre que corrompió a Hadleyburg
84 Los hechos relativos a la reciente orgía de crímenes de Connecticut
111 El cuento del vendedor
122 La famosa rana saltarina del condado de Calaveras
132 Canibalismo en los vagones
147 Historia privada de una campaña que fracasó
180 Los McWilliams y la alarma antirrobo
191 El viejo carnero de su abuelo
199 La historia del inválido
211 El robo del elefante blanco
243 El cuento de un perro

El hombre que corrompió a Hadleyburg*

Uno

Sucedió hace muchos años. Hadleyburg era por entonces la localidad más íntegra y honrada que había en toda la región. Había mantenido intacta esa reputación por espacio de tres generaciones y se sentía más orgullosa de ella que de cualquiera de sus demás posesiones. Se sentía tan orgullosa de ella, y era tal su afán por asegurarse su perpetuación, que empezaba a inculcar los principios del comportamiento honrado a los bebés desde la cuna, y, de ahí en adelante, hacía de dicha enseñanza el elemento básico de su cultura durante todos los años dedicados a su educación. Asimismo, en el transcurso de ese período formativo, se mantenía a los jóvenes alejados de cualquier tentación para que su honradez tuviera las máximas posibilidades

* Título original: *The Man That Corrupted Hadleyburg*

de endurecerse y solidificarse hasta el punto de llegar a formar parte de sus propios huesos. Las localidades vecinas envidiaban tan honrosa supremacía y fingían burlarse del orgullo que Hadleyburg sentía por ella, tildándolo de vanidad, pero, aun así, no podían dejar de reconocer que Hadleyburg era en efecto un pueblo incorruptible y, si se les presionaba un poco, también se veían forzadas a admitir que el simple hecho de ser natural de Hadleyburg era la única recomendación que necesitaba un joven que dejaba su lugar natal en busca de un empleo de responsabilidad.

Pero, al fin, con el correr del tiempo, Hadleyburg tuvo la mala suerte de ofender a un forastero que estaba de paso... posiblemente sin saberlo y, a buen seguro, sin que le importara en lo más mínimo, pues Hadleyburg se bastaba a sí misma y le importaban un comino los forasteros y sus opiniones. Con todo, en este caso concreto no hubiera estado de más hacer una excepción, pues se trataba de un hombre amargado y vengativo. Durante sus andanzas de un año entero, mantuvo vivo en su mente el recuerdo de aquella afrenta y dedicó todos sus ratos libres a tratar de idear una forma satisfactoria de resarcirse. Concibió gran cantidad de planes, y todos eran buenos, aunque ninguno resultaba lo bastante amplio. Pese a que el más modesto de ellos perjudicaría a un número considerable de individuos, lo que él buscaba era un plan que abarcara al pueblo entero y no permitiera que ni una sola persona saliera indemne. Por fin tuvo una feliz idea que, al penetrar en su cerebro, iluminó la totalidad de su cabeza con una alegría maligna. De inmediato se puso a forjar un plan, diciéndose a sí mismo: «Eso es lo que hay que hacer. Corromperé al pueblo».

Seis meses más tarde partió para Hadleyburg, y, a eso de las diez de la noche, llegaba montado en una calesa a la casita del anciano cajero del banco. Bajó un saco de la calesa, se lo echó al hombro, cruzó con paso tambaleante el patio de la casa y llamó a la puerta. Una voz de mujer dijo, «Adelante», y él pasó adentro y depositó el saco detrás de la estufa de la salita mientras decía cortésmente a una anciana que estaba sentada junto a una lámpara leyendo el *Heraldo Misionero:*

–Quédese sentada, señora, se lo ruego. No la entretendré mucho. (Ajá, ahora sí que ha quedado bien oculto; casi ni se nota que está ahí). ¿Puedo ver un momento a su marido, señora?

No, se había ido a Brixton y podría no regresar antes de la madrugada.

–Está bien, señora, no importa. Sólo quería dejarle en custodia ese saco para que se lo entregue a su legítimo dueño cuando sea localizado. Soy un forastero; él no me conoce. Si me he pasado esta noche por el pueblo ha sido sólo para resolver un asunto que tengo en la cabeza desde hace mucho tiempo. Mi misión ya está cumplida, me voy contento, incluso un tanto orgulloso, y usted nunca me volverá a ver. Pegado al saco hay un papel que lo explica todo. Buenas noches, señora.

A la anciana le daba miedo aquel misterioso y corpulento forastero, y se alegró de verle partir. Pero también había despertado su curiosidad; así que se fue directa al saco y arrancó el papel. Empezaba de la siguiente manera:

PARA QUE SE HAGA PÚBLICO, o para que se busque al hombre indicado mediante una investigación privada, cualquiera

de las dos formas será válida. Este saco contiene monedas de oro con un peso de setenta y dos kilos y ciento doce gramos...

–¡Dios bendito, y la puerta no tiene echada la llave!

Hecha un temblor, la señora Richards voló hasta ella y la cerró con llave. Luego bajó las persianas de las ventanas y se quedó quieta de pie, asustada, preocupada y preguntándose qué más podía hacer para que tanto ella como el dinero estuvieran más seguros. Permaneció un rato a la escucha, por si se oía ruido de ladrones y, al fin, vencida por la curiosidad, regresó junto a la lámpara y acabó de leer el papel.

Soy un extranjero y dentro de poco volveré a mi país para quedarme allí de forma permanente. Estoy agradecido a los Estados Unidos por lo que he recibido de sus manos durante mi larga estancia bajo su pabellón; y a uno de sus ciudadanos –un vecino de Hadleyburg– le estoy especialmente agradecido por un gran favor que me hizo hará uno o dos años. Dos grandes favores, de hecho. Me explicaré. Yo era un jugador. Insisto: era. Un jugador arruinado, para más señas. Llegué a este pueblo de noche, hambriento y sin un céntimo. Pedí ayuda... en la oscuridad –me daba vergüenza mendigar a la luz– y acerté a pedir al hombre adecuado. Me dio veinte dólares, o lo que es lo mismo, me dio la vida; así al menos lo entendí yo. También me dio suerte, pues con ese dinero me he hecho rico en la mesa de juego. Finalmente me hizo una observación que ha permanecido conmigo hasta el día de hoy y ha terminado por conquistarme, y al conquistarme, ha salvado la poca moral que me quedaba. Nunca más volveré

a jugar. Ahora bien, no tengo ni idea de quién era ese hombre, pero quiero que se le localice y quiero que se le entregue este dinero para que lo regale, lo tire o se lo quede, según le plazca. Lo único que pretendo es manifestarle mi gratitud. Si pudiera quedarme, yo mismo lo encontraría; pero, es igual, estoy seguro de que se dará con él. Éste es un pueblo honrado, un pueblo incorruptible, y sé que puedo confiar en él sin ningún temor. Al hombre en cuestión se le podrá identificar por la observación que me hizo. Estoy convencido de que la recordará.

Pues bien, mi plan es éste: si prefiere llevar a cabo la investigación en privado, hágalo. Informe del contenido de este escrito a cualquiera que tenga posibilidades de ser el hombre indicado. Si responde: «Yo soy ese hombre, la observación que hice fue tal y cual, sométale a la siguiente prueba: abra el saco, y en él encontrará un sobre lacrado donde figura dicha observación. Si la observación mencionada por el candidato coincide con ella, hágale entrega del dinero sin hacer más preguntas, pues ése es sin duda el hombre que busco.

Si, por el contrario, opta por una investigación pública, entregue el presente escrito al periódico local para su publicación... añadiendo las siguientes instrucciones, a saber; que de aquí a treinta días el candidato se persone en el ayuntamiento a las ocho de la tarde (viernes) y entregue su observación en un sobre lacrado al reverendo Burgess (si tiene la amabilidad de intervenir en este asunto), y que acto seguido, y en ese mismo lugar, el señor Burgess rompa los precintos del saco, lo abra y vea si se trata de la observación correcta. Si lo es, que entregue el dinero, con mi más sincero agradecimiento, a mi benefactor, cuya identificación habrá quedado así confirmada.

Temblando levemente de la emoción, la señora Richards tomó asiento y pronto se perdió en unos pensamientos de la siguiente índole: «¡Qué cosa más rara!... ¡Y qué suerte la de ese buen hombre que hizo el bien sin mirar a quién!... ¡Ya podía haber sido mi marido!... ¡Y es que somos tan pobres... tan pobres y tan viejos!...». Luego, con un suspiro: «Pero no fue mi Edward; no, no pudo ser él quien dio veinte dólares a un forastero. Aunque es una pena; ahora me doy cuenta...». A continuación, con un estremecimiento: «¡Pero es el dinero de un jugador! Es fruto del pecado, no podríamos cogerlo, no podríamos tocarlo. No me gusta tenerlo cerca; siento como si me envileciera». Se cambió a una silla más alejada. «Ay, a ver si llega Edward y se lo lleva al banco. Mira que si se presenta de pronto un ladrón. Es horrible estar aquí sola con eso».

A las once llegó el señor Richards, y mientras su esposa decía:

–¡No sabes cuánto me alegro de que ya estés de vuelta!

Él decía:

–Estoy baldado... completamente baldado. Es horrible ser pobre y tener que hacer estos viajes nefastos a mis años. Andar siempre dándole vueltas y más vueltas a la noria a cambio de un salario. Ser el esclavo de un hombre que entretanto está sentado en zapatillas en su casa, tan cómodo y tan rico.

–Lo siento mucho por ti, Edward, ya lo sabes; pero consuélate; tenemos con que ganarnos el sustento, tenemos nuestro buen nombre...

–Sí, Mary, y eso es lo principal. No me hagas caso... es sólo una irritación pasajera, no tiene mayor importancia.

Anda, dame un beso; ya se me ha pasado, lo ves, ya no voy a quejarme más. Oye, ¿qué has estado comprando? ¿Qué hay en ese saco?

Entonces su esposa le contó el gran secreto. Se quedó aturdido unos instantes y luego dijo:

–¿Setenta y dos kilos dices que pesa? ¡Pero, Mary, eso son cua-ren-ta-mil-dó-la-res, te das cuenta, es una auténtica fortuna! No hay ni diez hombres en este pueblo que tengan tanto. Déjame ver ese papel.

Lo leyó por encima y dijo:

–¡No me digas que no es una aventura! Pero si parece una novela, una de esas cosas imposibles que se leen en los libros y que nunca se dan en la vida real –ahora estaba bastante animado, alegre, incluso jubiloso. Dio unas palmaditas en la mejilla a su anciana esposa y dijo, en tono festivo–: Somos ricos, Mary, ricos. Lo único que tenemos que hacer es enterrar el dinero y quemar todos los papeles. Y si alguna vez vuelve por aquí el tahúr ese para investigar, basta con que le miremos con frialdad y digamos: «¿Pero qué tonterías está usted diciendo? Nunca habíamos oído hablar de usted ni de ningún saco de oro», y entonces se le quedará cara de tonto y...

–Y mientras tú continúas con tus bromas, ahí sigue el dinero, y la hora de los ladrones se nos echa encima.

–Tienes razón. Bueno, ¿qué hacemos... una investigación privada? No, no, eso le quitaría todo el encanto al asunto. El método público es mejor. ¡Imagínate el ruido que se armará! Y encima hará que los demás pueblos se mueran de la envidia, porque ningún forastero confiaría

una cosa así a una localidad que no fuera Hadleyburg, y lo saben. Es una gran baza a nuestro favor. En fin, me voy corriendo a la imprenta antes de que se haga demasiado tarde.

–¡Eh, Edward, alto, alto, alto... no me dejes aquí sola con eso!

Pero ya se había ido. Aunque sólo por un corto espacio de tiempo. No lejos de su casa se encontró al director y propietario del periódico, y le entregó el documento, diciéndole:

–Aquí tiene algo que le va a interesar, Cox... publíquelo.

–Puede que ya sea demasiado tarde, señor Richards, pero veré lo que se puede hacer.

De vuelta en casa, su esposa y él se sentaron a hablar de aquel fascinante misterio; en el estado en que se encontraban no podían irse a acostar. La primera cuestión era ¿quién podría ser el vecino que había dado el forastero los veinte dólares? El asunto parecía bastante sencillo, y los dos respondieron al unísono:

–Barclay Goodson.

–Sí –dijo Richards–, podría haberlo hecho, y habría sido muy propio de él. Lo malo es que no hay ningún otro así en el pueblo.

–Todo el mundo lo admitiría, Edward... al menos en privado. Hace ya seis meses que el pueblo ha vuelto a recuperar su verdadero ser: honrado, cerrado, farisaico y roñoso.

–Así lo definió siempre él hasta el mismo día de su muerte, y no se recataba de decirlo en público.

–Sí, y por eso le odiaban.

–Oh, por supuesto, aunque eso a él le traía al fresco. Creo que era el hombre más odiado de entre los nuestros, exceptuando al reverendo Burgess, claro.

–Ya, pero Burgess se lo merece... Jamás volverá a tener feligreses aquí. Por muy mezquino que sea el pueblo, a él sí que ha sabido juzgarle como es debido. Oye, Edward, ¿no te parece raro que el forastero eligiera a Burgess para que entregara el dinero?

–Pues sí... me lo parece. Claro que... que... que...

–¿A qué viene tanto quequeísmo? ¿Es que tú le hubieras elegido?

–Mary, puede que ese forastero le conozca mejor de lo que le conoce este pueblo.

–¡Como si eso fuera a ayudar a Burgess!

El marido parecía andar perplejo buscando una respuesta; la mujer, entretanto, le miraba fijamente, y aguardaba. Finalmente, Richards, con la vacilación propia de quien sabe que va a hacer una afirmación que probablemente será acogida con recelo, dijo:

–Mary, Burgess no es mala persona.

Su esposa estaba visiblemente sorprendida.

–¡Tonterías! –exclamó.

–No es mala persona. Lo sé. Toda su impopularidad se funda en una sola cosa... esa cosa que provocó tanto escándalo.

–¡«Una sola cosa», pues claro! Como si esa «sola cosa» no fuera suficiente.

–Más que de sobra. Más que de sobra. Sólo que él no era culpable.

–¡Pero de qué hablas! ¡Que no era culpable! Todo el mundo sabe que era culpable.

–Mary, te doy mi palabra... era inocente.

–No puedo creerlo, y no lo creo. ¿Cómo lo sabes tú?

–Voy a confesarte algo. Me avergüenza, pero lo haré. Yo era el único hombre que sabía que era inocente. Podría haberle salvado, pero...pero... en fin, ya sabes lo alborotado que estaba el pueblo... no tuve el valor de hacerlo. Todo el mundo se habría vuelto contra mí. Me sentí mezquino, terriblemente mezquino, pero no me atreví; no tuve la hombría de enfrentarme a eso.

Mary parecía atribulada, y se quedó en silencio unos instantes. Luego dijo con un tartamudeo:

–No...no... no creo que hubiera sido conveniente que... que... No se debe... hummm..... la opinión pública... ya sabes... hay que tener tanto cuidado... –era un camino difícil, y se quedó atascada; pero al cabo de un poco volvió a arrancar–. Fue una auténtica lástima, pero... No nos lo podíamos permitir, Edward... de ninguna de las maneras. ¡Por nada del mundo hubiera querido que lo hicieras!

–Nos hubiera hecho perder la buena voluntad de tanta gente, Mary; y además... además....

–Lo que ahora me preocupa es qué piensa él de nosotros, Edward.

–¿Él? Él ni siquiera sospecha que podía haberle salvado.

–¡Oh! –exclamó aliviada su esposa–. No sabes cuánto me alegro. Mientras no sepa que podías haberle salvado, no... no... en fin, que es mucho mejor así. Pero, vaya, la verdad es que tendría que haber sabido que él no lo sabía, porque siempre está intentando mostrarse amable con nosotros, pese al poco pie que le damos. Más de una vez me han tomado el pelo por eso. Ahí tienes a los Wilson, los Wilcox y los Harkness, que se regodean dicién-

dome, «*Su amigo* Burgess», porque saben lo mucho que me molesta. Ojalá no se empeñara tanto en demostrar lo bien que le caemos, no entiendo a cuento de qué lo hace.

–Puedo explicarlo. Es otra confesión. Cuando el asunto aún estaba reciente, y el pueblo pensó humillarlo públicamente paseándole montado en una barra, me remordió tanto la conciencia que no pude aguantarlo más y fui a verle en secreto para prevenirle. Entonces él se marchó del pueblo y se mantuvo alejado de él hasta que pudo regresar sin peligro.

–¡Edward! Si se llegan a enterar en el pueblo...

–¡No sigas! Aún me da miedo sólo de pensarlo. Al minuto de haberlo hecho ya me había arrepentido; incluso tenía miedo de contártelo por si tu cara nos delataba. Aquella noche la preocupación no me dejó dormir. Pero al cabo de unos días comprendí que nadie iba a sospechar de mí, y, a partir de ese momento, empecé a alegrarme de haberlo hecho. Y aún me alegro, Mary, me alegro infinitamente.

–Y yo también, ahora, porque habría sido una forma horrible de tratarle. Sí, me alegro; la verdad es que se lo debías. ¡Pero, Edward, imagínate que a pesar de todo algún día sale a la luz!

–Eso no va a pasar.

–¿Por qué?

–Porque todo el mundo cree que fue Goodson.

–¡Claro, quién si no!

–Desde luego. Y a él, como es natural, le traía al fresco. Convencieron al pobre Sawlsberry para que fuera a acusarle, y se plantó ante él hecho un gallito y se lo soltó. Goodson le miró de arriba abajo, como si estuviera buscando un aspecto de su persona sobre el que volcar todo

su desprecio y a continuación dijo: «De modo que usted es la Comisión Investigadora, ¿no?». Sawlsberry dijo que en efecto así era. «Hummm. ¿Necesitan que entre en detalles o cree usted que bastará con una respuesta general?». «Si necesitan detalles, volveré a por ellos, señor Goodson; pero primero oiré la respuesta general». «Muy bien, en tal caso dígales que se vayan al infierno... me parece que es una respuesta bastante general. Y de paso le voy a dar un consejo, señor Sawlsberry: cuando venga a por los detalles, tráigase una cesta para llevarse de vuelta a casa sus propios restos».

–Típico de Goodson; lleva su sello. Sólo tenía una vanidad: creía que no había quién le ganara dando consejos.

–Aquello zanjó la cuestión y nos salvó, Mary. Se olvidaron del tema.

–Dios bendito, *eso* no lo pongo en duda.

Luego volvieron a ocuparse del misterio del saco de oro con el máximo interés. Pronto la conversación comenzó a verse salpicada de pausas; breves interrupciones provocadas por momentos de ensimismada reflexión. Las pausas se hicieron cada vez más frecuentes hasta que por fin Richards se quedó totalmente enfrascado en sus propios pensamientos. Permanecía sentado, con las piernas estiradas, mirando al suelo con expresión vacía, y poco a poco empezó a acompañar sus reflexiones con pequeños movimientos nerviosos de las manos que parecían indicar exasperación. Su esposa, entretanto, también se había sumido en un silencio meditabundo, y en sus movimientos se empezaba a advertir una creciente desazón. Finalmente Richards se levantó y se puso a dar

vueltas por la habitación, pasándose las manos por el cabello, como haría un sonámbulo que tuviera un mal sueño. De pronto pareció alcanzar una resolución definitiva, y sin decir palabra, se puso el sombrero y salió a toda prisa de la casa. Su esposa permaneció sentada cavilando, con el rostro demudado, y no pareció advertir que se había quedado sola. De vez en cuando murmuraba: «No nos dejes caer en la ten..., pero es que, es que... ¡Somos tan pobres, tan pobres...! No nos dejes caer en... Ay, pero si no haríamos mal a nadie... y además nunca se enterarían... No nos dejes...». Su voz quedó reducida a un simple barboteo. Al cabo de un rato alzó la vista y, con un tono entre asustado y satisfecho, masculló:

–¡Se ha ido! Ay señor, no será ya demasiado tarde... no será demasiado tarde... Pero a lo mejor no... a lo mejor todavía estamos a tiempo –se levantó y se quedó quieta, pensando, mientras abría y cerraba nerviosa las manos. Un leve estremecimiento recorrió su cuerpo y, con la garganta seca, dijo–: Que Dios me perdone... es horrible pensar algo así... pero... ¡Oh Señor.... cómo somos... de qué forma tan extraña estamos hechos!

Bajó la luz y se deslizó sigilosamente hacia delante. Luego se arrodilló junto al saco y se puso a palpar sus costados abultados, y los acarició con ternura; y mientras lo hacía, una malsana satisfacción iluminaba sus pobres y ancianos ojos. A cada rato caía en un estado de ensimismamiento, del que medio salía a veces para musitar: «¡Por qué no pudimos esperar! ¡Por qué no pudimos esperar un poco más en vez de apresurarnos tanto!».

Mientras, Cox había llegado a casa del trabajo, le había contado a su esposa todo lo referente a tan extraño suce-

so, habían hablado del asunto largo y tendido, y se habían figurado que el difunto Goodson era la única persona que pudo haber socorrido a un forastero en apuros con la imponente suma de veinte dólares. Entonces se produjo una pausa, y los dos se quedaron silenciosos y pensativos. Y poco después empezaron a sentirse nerviosos e inquietos. Por fin, la mujer, como hablando para sí, dijo:

–Nadie conoce el secreto más que los Richards... y nosotros... nadie.

Su marido salió de sus cavilaciones con un leve sobresalto y miró con anhelo a su esposa, cuyo rostro se había puesto muy pálido. A continuación se levantó titubeando, echó una mirada furtiva, primero a su sombrero y luego a su mujer, como formulando una especie de pregunta muda. La señora Cox se llevó la mano a la garganta, tragó saliva una o dos veces, y, en lugar de hablar, asintió con la cabeza. Un momento después estaba sola, murmurando para sus adentros.

Richard y Cox avanzaban ya a toda prisa por las calles desiertas desde puntos opuestos de la población. Se encontraron, jadeando, a los pies de las escaleras de la imprenta; y allí, a la luz de la noche, se leyeron mutuamente las caras. Cox susurró:

–¿No hay nadie más aparte de nosotros que esté al tanto de esto?

La respuesta susurrada fue:

–¡Ni un alma, palabra de honor, ni un alma!

–A ver si no es tarde para...

Cuando los dos hombres comenzaron a subir las escaleras, un muchacho les adelantó, y Cox le preguntó:

–¿Eres tú, Johnny?

–Sí, señor.

–Escucha, no hace falta que envíes el correo de la mañana... ni ningún otro; espera hasta que yo te lo diga.

–Ya ha salido, señor.

–¿Ha salido? –su tono de voz expresaba una infinita decepción.

–Sí, señor. El horario para Brixton y todas las localidades de más allá cambiaba hoy, señor.... Hubo que tener listos los periódicos veinte minutos antes de lo habitual. Tuve que darme prisa; si llego a retrasarme dos minutos más....

Los dos hombres se dieron la vuelta y se alejaron caminando muy despacio, sin esperar a oír el resto. Ninguno de ellos abrió la boca durante los diez minutos siguientes. Por fin, Cox dijo en tono irritado:

–Pero qué se le pasó a usted por la cabeza para darse tanta prisa. Es que no lo puedo entender.

La respuesta no pudo ser más humilde.

–Ahora lo veo claro, pero por la razón que sea no pensé en ello hasta que ya era demasiado tarde. Eso sí, la próxima vez...

–¡Qué próxima vez ni que niño muerto! ¡Ni en mil años volverá a presentarse otra ocasión como ésta!

A continuación los dos amigos se separaron sin darse las buenas noches y se arrastraron hasta sus respectivos hogares con el paso de unos hombres heridos de muerte. Al llegar a sus casas, sus esposas se pusieron de pie de un salto, profiriendo un impaciente «¿Y bien?». Luego, al ver la respuesta reflejada en los ojos de sus maridos, se dejaron caer abatidas sin esperar a que llegaran las palabras. En ambas casas lo que siguió fue una discusión bastante acalorada. Aquello era una novedad; discusiones

ya las habían tenido con anterioridad, pero no tan acaloradas, no tan agrias. Las discusiones de esa noche fueron un calco la una de la otra. La señora Richards decía:

–Si hubieras esperado, Edward... si al menos te hubieras parado a pensar un momento.... pero no, tuviste que irte corriendo a la imprenta y difundir la noticia a los cuatro vientos.

–Decía, *hágase público*.

–¿Y eso qué? También decía que podía hacerse en privado, si se quería. A ver, ¿es eso verdad o no?

–Sí... sí, claro que es verdad, pero cuando pensé en el revuelo que se iba a armar y en lo halagador que era para Hadleyburg que un forastero confiara tanto en él que...

–Oh, claro, esa historia ya me la sé; pero sólo con que te hubieras parado un momento a pensar te habrías dado cuenta de que no podías encontrar al hombre indicado, porque está en la tumba, y no ha dejado ni mujer ni hijos ni parientes, y que siempre y cuando el dinero fuera a parar a alguien que lo necesitara muchísimo y nadie saliera perjudicado... y... y...

No pudo aguantar más y rompió a llorar. Su marido trató de pensar algo que decir que pudiera reconfortarla, y, al cabo, esto fue lo que le salió:

–Pero, Mary, después de todo, seguro que es por nuestro propio bien... tiene que serlo, ya lo sabemos. Y no debemos olvidar que estaba escrito que fuera así...

–¡Escrito! Oh, todo está escrito cuando una persona tiene que encontrar una excusa para su propia estupidez. De todas formas, también estaba escrito que el dinero nos llegara de una forma tan especial, y vas tú y por tu cuenta y riesgo decides entrometerte en los designios

de la Providencia... ¿con qué derecho? Una maldad, eso es lo que ha sido... una osadía blasfema, impropia incluso de un humilde y sumiso profesor de...

–Pero, Mary, ya sabes cómo se nos ha educado a lo largo de toda nuestra vida, igual que al resto del pueblo; para nosotros es casi algo connatural no pararnos ni un segundo a pensar cuando se trata de hacer algo honrado...

–Oh, lo sé, lo sé; se nos ha educado y educado y educado hasta la extenuación para que seamos honrados; nuestra honradez ha estado protegida desde la mismísima cuna contra cualquier tentación posible y, por tanto, es una honradez artificial y tan frágil como el cristal cuando surge una tentación, como hemos podido comprobar esta misma noche. Dios sabe que hasta ahora jamás había tenido ni la más mínima sombra de duda sobre mi indestructible y petrificada honradez... pero ahora, ante la primera tentación grande y real, resulta que... Edward estoy convencida de que la honradez de este pueblo está tan corrompida como la mía; tan corrompida como la tuya. Éste es un pueblo mezquino, un pueblo insensible y roñoso, y la única virtud que posee es esa famosa honradez de la que tanto presume. Que Dios me perdone, pero creo que si algún día esa honradez se ve sometida a una gran tentación se desmoronará como un castillo de naipes. Bueno, ya está, yo también me he confesado, y ahora me siento mucho mejor. Soy una farsante, lo he sido toda mi vida sin saberlo. Que nadie vuelva a llamarme honrada... no lo consentiré.

–En fin, Mary, yo... yo siento en gran medida lo mismo que tú, desde luego que sí. Pero qué extraño resulta, qué extraño... Jamás lo hubiera creído... jamás.